

Gregg Braden

LA MATRIZ DIVINA

Un puente entre el tiempo, el espacio,
las creencias y los milagros

editorial  irio, s.a.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Título original: THE DIVINE MATRIX
Traducido del inglés por José Vergara Varas
Diseño de portada: Tequila Design

© de la edición original
2006 Gregg Braden

Publicado inicialmente en inglés en el año 2007 por Hay House, Inc., en Estados Unidos.
Para oír la radio de Hay House, conectar con www.hayhouseradio.com

© de la presente edición

EDITORIAL SIRIO, S.A.
C/ Panaderos, 14
29005-Málaga
España

EDITORIAL SIRIO
Nirvana Libros S.A. de C.V.
3ª Cerrada de Minas, 501
Bodega nº 8 , Col. Arvide
Del.: Alvaro Obregón
México D.F., 01280

ED. SIRIO ARGENTINA
C/ Paracas 59
1275- Capital Federal
Buenos Aires
(Argentina)

www.editorialsirio.com
E-Mail: sirio@editorialsirio.com

I.S.B.N.: 978-84-7808-575-0
Depósito Legal:

Impreso en

Printed in Spain

*Sólo tengo una pequeña gota
de conocimiento en mi alma.
Deja que se disuelva en tu océano.*

Rumi

*Toda la materia tiene su origen y existe en virtud de una fuerza...
Debemos presuponer la existencia de una Mente inteligente y consciente
tras esa fuerza. Esta Mente es la **matriz** de toda la materia.*

Max Planck, 1944

Con estas palabras, Max Planck, el padre de la teoría cuántica,
describió el campo universal de energía que conecta
todo lo que existe: *la Matriz Divina*.

La Matriz Divina es nuestro mundo.

También es todo lo que existe en nuestro mundo.

La Matriz Divina somos nosotros y todo lo que amamos, odiamos,
creamos y experimentamos. Al vivir en la Matriz Divina, somos como artistas
expresando nuestras pasiones, miedos, sueños y deseos más íntimos por medio de
la esencia de un misterioso lienzo cuántico.

Pero nosotros *somos* ese lienzo, así como también *somos*
las imágenes que aparecen en él.

Somos la pintura, así como también *somos* los pinceles.

En la Matriz Divina, somos el recipiente en el que existen
todas las cosas, el puente entre las creaciones de nuestro
mundo interior y nuestro mundo exterior, y el espejo que
nos muestra lo que hemos creado.

Este libro ha sido escrito para aquellos que deseen despertar y tomar
conciencia del poder de sus mayores pasiones y de sus más
profundas aspiraciones.

En la Matriz Divina, tú eres la semilla del milagro,
y también eres el propio milagro.

INTRODUCCIÓN

*Acercaos hasta el borde.
Podríamos caerlos.
Acercaos hasta el borde.
¡Está demasiado alto!*
ACERCAOS HASTA EL BORDE.
*Y ellos se acercaron.
Y él los empujó.
Y ellos volaron.*

Con estas palabras, se nos está dando un buen ejemplo del poder que nos espera cuando aceptamos aventurarnos más allá de los límites de lo que siempre hemos creído que era verdad. En este breve diálogo del poeta contemporáneo Christopher Logue, un grupo de iniciados se halla en una situación muy distinta a la que ellos esperaban.¹ En lugar de simplemente estar *en* el borde, gracias al impulso de su maestro, se encuentran de repente *más allá* de él, de una manera sorprendente y fortaledora. En este terreno inexplorado, ellos se experimentan a sí mismos de otra manera, y allí descubren una nueva libertad.

En muchos sentidos, las páginas siguientes son una exploración de lo que está más allá de ese borde. Describen la existencia de un campo de energía —la Matriz Divina— que es el puente entre nuestro mundo interior y el mundo exterior, así como el recipiente de todo lo que existe. La existencia de este campo tanto en las más pequeñas partículas subatómicas como en las distantes galaxias cuya luz acaba de llegar hasta

nosotros, y en todo lo que hay en medio, cambia lo que hasta ahora pensábamos acerca de nuestro papel en la creación.

Para algunos de vosotros, lo que vais a leer representará una visión totalmente nueva de cómo funcionan las cosas. Para otros, será una reconfortante síntesis de la verdad que ya conocéis o que al menos sospecháis. Para todos, sin embargo, la existencia de una red fundamental de energía que conecta vuestros cuerpos, el mundo y todas las cosas abre la puerta a nuevas y poderosas posibilidades.

Estas posibilidades sugieren que somos mucho más que simples observadores experimentando un breve lapso de tiempo en una creación que ya existe. Cuando contemplamos la «vida» —nuestra abundancia material y espiritual, nuestras relaciones y trabajos, nuestros más profundos amores y nuestros mayores logros, y también nuestros mayores miedos y carencias—, puede que también estemos mirando en el espejo de nuestras creencias más básicas y a veces más inconscientes. Las vemos a nuestro alrededor porque se han manifestado a través de la misteriosa esencia de la Matriz Divina, y para que eso ocurra, *la propia conciencia* tiene que desempeñar un papel crucial en la existencia del universo.

SOMOS LOS ARTISTAS Y TAMBIÉN LA OBRA DE ARTE

Por muy inverosímil que pueda parecer esta idea, se halla justamente en el centro de las mayores controversias entre algunas de las mentes más brillantes de la historia reciente. En una cita extraída de sus notas autobiográficas, por ejemplo, Albert Einstein afirmó que somos esencialmente observadores pasivos viviendo en un universo preexistente sobre el que tenemos poca influencia: «Allí fuera está este inmenso mundo —dijo—, que existe independientemente de nosotros los humanos y que se alza ante nosotros como un gran y eterno enigma, pero que es accesible, en parte al menos, a la inspección y al pensamiento».²

En la actualidad, muchos científicos comparten esta misma visión. Éste no es el caso de John Wheeler, un físico de la Universidad de Princeton y colega de Einstein. Wheeler nos ofrece una visión radicalmente distinta de nuestro papel en el universo, y lo hace con gran claridad y audacia. «Teníamos esa vieja idea según la cual el universo está *allí*

fuera y aquí está el hombre, el observador, separado del universo por una gruesa plancha de vidrio.» Refiriéndose a los experimentos de finales del siglo XX que demostraron que el mero hecho de observar algo ya lo *modifica*, Wheeler continúa: «el mundo cuántico nos enseña que para observar un objeto tan minúsculo como un electrón tenemos que romper esa plancha de vidrio: tenemos que pasar al otro lado... De modo que nos vemos obligados a eliminar la vieja palabra *observador* y colocar en su lugar la palabra *participante*».³

¡Qué gran cambio! En una interpretación radicalmente distinta de nuestra relación con el mundo, Wheeler afirma que es imposible que podamos ser meros observadores del universo que nos rodea. Los experimentos de la física cuántica muestran que el mero hecho de mirar algo tan pequeño como un electrón —simplemente centrar nuestra atención en lo que esté haciendo durante un instante— cambia sus propiedades mientras lo estamos observando. Los experimentos sugieren que el propio acto de observación es un acto de creación, y que la conciencia es la autora de esa creación. Estos resultados parecen respaldar la teoría de Wheeler de que ya no podemos considerarnos simples observadores que no afectan al mundo que están observando.

Considerarnos partícipes en el proceso de creación en lugar de simples transeúntes que pasan un breve período de tiempo en el universo requiere una nueva percepción del cosmos y de su funcionamiento. Esta nueva visión fue articulada en una serie de libros y ensayos por el también físico de Princeton y colega de Einstein, David Bohm. Antes de su muerte en 1992, Bohm nos dejó dos revolucionarias teorías que ofrecen una visión muy distinta del universo y de nuestro papel en él.

La primera fue una interpretación de la física cuántica que preparó el terreno para el encuentro de Bohm con Einstein, y para su posterior amistad. Fue esta teoría la que le abrió la puerta a lo que Bohm llamó «la operación creativa de niveles subyacentes de realidad».⁴ En otras palabras, creía que existen dimensiones más elevadas o más profundas que sustentan todo lo que sucede en nuestro mundo. Son estos niveles más sutiles de realidad los que dan origen a nuestro mundo físico.

Su segunda teoría era una explicación del universo como un sistema unificado de la naturaleza, con conexiones que no siempre son obvias. Cuando trabajó en el Laboratorio de Radiación Lawrence, de la

Universidad de California, Bohm tuvo la oportunidad de observar pequeñas partículas de átomos en un estado gaseoso especial llamado *plasma*. Comprobó que cuando las partículas se encontraban en este estado de plasma, se comportaban menos como unidades individuales y más como si estuvieran conectadas entre sí y formasen parte de un todo mayor. Estos experimentos prepararon el terreno para su revolucionaria obra, *La totalidad y el orden implicado*. Publicado en 1980, es probablemente el libro por el que más se recuerda a David Bohm.

En este libro, que propició un cambio de paradigma, Bohm plantea que si pudiésemos ver el universo en su totalidad desde una perspectiva más elevada, los objetos en nuestro mundo aparecerían de hecho como la proyección de algo que está sucediendo en otra dimensión que no podemos ver. Él consideraba que tanto lo visible como lo invisible eran expresiones de un orden mayor y más universal. Para diferenciar estas dos dimensiones, las llamó «implicada» y «explicada».

Las cosas que podemos ver y tocar, y que parecen estar separadas en nuestro mundo —como las rocas, los océanos, los bosques, los animales y la gente— son ejemplos del *orden explicado* de la creación. Sin embargo, por muy distintas que puedan parecer unas de otras, Bohm sugirió que están unidas por vínculos que no podemos percibir desde nuestro punto de vista. Creía que todas las cosas que aparentan estar separadas forman parte de un todo mayor, que él llamó el *orden implicado*.

Bohm usó la analogía de un río para mostrar tanto la diferencia entre el orden implicado y el explicado como la ilusión del estado de separación: «En este río, uno puede ver un continuo movimiento de formas, vórtices, ondas, salpicaduras, etc., que evidentemente no tienen ninguna existencia independiente». ⁵ Aunque estas formas de agua puedan parecerse entidades separadas, Bohm las veía como entidades íntimamente unidas y profundamente conectadas entre sí. «La supervivencia transitoria de estas formas *implica únicamente una independencia relativa* y no una existencia absolutamente independiente», afirmó. ⁶ En otras palabras, todas son parte de la misma agua.

Bohm usó ejemplos como éstos para expresar su convicción de que el universo y todo lo que hay en él —incluidos nosotros— forma parte de un gran orden cósmico. Para resumir esta visión unificada de la naturaleza,

Bohm simplemente afirmó: «Este nuevo tipo de percepción podría tal vez llamarse Totalidad Integral en Continuo Movimiento».⁷

En la década de los setenta del siglo pasado, Bohm presentó una metáfora aún más clara para describir este universo disperso pero unificado. Al reflexionar sobre la naturaleza interrelacionada de la creación, quedó cada vez más convencido de que el universo funciona como un gran holograma cósmico. En un holograma, cada parte de un objeto contiene al objeto en su totalidad, sólo que en una escala menor. (Para aquellos que no estén familiarizados con el concepto de holograma, proporcionaré una explicación detallada en el capítulo 4.) Según Bohm, lo que vemos como nuestro mundo es de hecho la proyección de algo más real que está teniendo lugar en una dimensión más profunda de la creación. Este nivel más profundo es el original, el orden implicado. En esta visión del «tal como es arriba, así es abajo» y «tal como es en el interior, así es en el exterior», las formas están contenidas dentro de otras formas, completas en sí mismas, pero a distinta escala.

La elegante simplicidad del cuerpo humano nos ofrece un buen ejemplo de un holograma, uno que ya conocemos. El ADN de cualquier parte de nuestros cuerpos contiene nuestro código genético —la estructura completa del ADN— para el resto del cuerpo, no importa de qué parte provenga. Tanto si tomamos una muestra de nuestro pelo, de nuestras uñas o de nuestra sangre, la estructura genética que nos hace ser quien somos siempre está presente en el código... siempre es la misma.

Al igual que el universo está siempre pasando del orden implicado al orden explicado, el flujo entre lo invisible y lo visible es lo que constituye la corriente dinámica de la creación. Esta naturaleza constantemente cambiante de la creación era lo que John Wheeler tenía en mente cuando dijo que el universo era «participativo» —es decir, incompleto y siempre respondiendo a la conciencia.

Curiosamente, así es como funciona el mundo según las antiguas tradiciones de sabiduría. Desde los Vedas, que según algunos historiadores se remontan a cinco mil años antes de Cristo, hasta los Manuscritos del Mar Muerto, de hace dos mil años, hay una visión de que el mundo es, de hecho, el espejo de cosas que están sucediendo en una dimensión superior o en una realidad más profunda. Por ejemplo, al comentar las nuevas traducciones de unos fragmentos de los Manuscritos

del Mar Muerto conocidos como *Cánticos del Sacrificio Sabático*, los traductores resumen su contenido: «Lo que ocurre en la tierra no es más que un pálido reflejo de una realidad superior».⁸

La implicación tanto de la teoría cuántica como de los textos antiguos es que creamos el patrón sobre el que se basarán las relaciones, los trabajos, los éxitos y los fracasos del mundo visible. La Matriz Divina funciona como una gran pantalla cósmica que nos permite ver la energía no física de nuestras emociones y creencias (nuestra ira, nuestra cólera y nuestro odio, así como nuestro amor, nuestra compasión y nuestra comprensión) proyectada en el entorno físico de la vida.

Al igual que una pantalla de cine refleja sin juzgar la imagen de aquello que ha sido filmado, la Matriz parece proporcionar una superficie imparcial para que nuestras experiencias interiores y nuestras creencias puedan ser vistas en el mundo. A veces consciente y a veces inconscientemente, «mostramos» nuestras más verdaderas creencias sobre todas las cosas, desde la compasión hasta la traición, a través de la calidad de las relaciones que nos rodean.

En otras palabras, somos como pintores expresando nuestras pasiones, sueños y deseos más profundos a través de la esencia viva de un misterioso lienzo cuántico. Sin embargo, a diferencia del lienzo de un pintor normal, que existe en un solo lugar en un determinado momento, nuestro lienzo es la sustancia de la que todas las cosas están hechas —se halla en todas partes y siempre está presente.

Llevemos un paso más allá la analogía pintor/lienzo. Tradicionalmente, los pintores están separados de su obra y usan sus herramientas para transmitir una creación interior a través de una expresión exterior. Dentro de la Matriz Divina, sin embargo, la separación entre el arte y el artista desaparece: *somos* el lienzo, así como las imágenes que aparecen en él; *somos* las herramientas, así como el artista que las está usando.

La idea misma de crear desde el interior de nuestra propia creación recuerda un poco a esos dibujos animados de Walt Disney en blanco y negro de las décadas de los cincuenta y los sesenta del siglo pasado. Primero veíamos la mano del artista dibujando a un conocido personaje como Mickey Mouse en un cuaderno. La imagen iba cobrando vida a medida que la dibujaban. Entonces Mickey comenzaba a crear sus propios

dibujos de otros personajes *desde dentro del cuaderno*. De repente, el artista ya no era necesario y quedaba fuera de la película... literalmente.

Ahora que la mano del dibujante había desaparecido, Mickey y sus amigos asumían sus propias vidas y sus propias personalidades. Mientras todo el mundo dormía en la casa, la cocina cobraba vida. Mientras el azucarero bailaba con el salero y la taza de té se divertía con el plato de la mantequilla, los personajes ya no tenían ninguna conexión con el artista. Aunque esto pueda ser una simplificación excesiva de cómo funcionamos en la Matriz Divina, sirve para ilustrar la sutil y abstracta idea de nosotros como creadores, creando desde el interior de nuestras propias creaciones.

Al igual que los pintores refinan una idea hasta que quede exactamente como ellos quieren, en muchos sentidos parece que, a través de la Matriz Divina, hacemos lo mismo con nuestras experiencias vitales. Mediante nuestra paleta de creencias, juicios, emociones y plegarias, pasamos a encontrarnos en relaciones, trabajos y situaciones de afecto y traición que tienen lugar con distintos individuos en diferentes lugares. Al mismo tiempo, estas personas y situaciones a menudo nos resultan extrañamente familiares.

Tanto a nivel colectivo como individual, compartimos las creaciones de nuestra vida interior como un ciclo interminable de momentos superpuestos, día tras día. ¡Qué idea tan bella, poderosa y extraña! Al igual que el pintor usa el mismo lienzo una y otra vez al tiempo que busca la perfecta expresión de una idea, podemos vernos a nosotros mismos como perpetuos artistas, construyendo una creación en continuo cambio y que no tiene fin.

Las implicaciones de estar rodeados por un mundo maleable hecho por nosotros mismos son profundas y poderosas, y para algunos tal vez algo atemorizantes. Nuestra capacidad de usar intencional y creativamente la Matriz Divina nos proporciona de repente el poder para alterar totalmente nuestra visión del papel que cumplimos en el universo. Como mínimo, sugiere que la vida es mucho más que una acumulación de sucesos aleatorios y sincronicidades ocasionales a los que debemos hacer frente lo mejor que podamos.

A fin de cuentas, nuestra relación con la esencia cuántica que nos conecta con todas las cosas nos recuerda que nosotros mismos somos

creadores. Como tales, podemos expresar nuestros más profundos deseos para alcanzar la abundancia, la alegría, la paz y la curación. Y podemos hacerlo conscientemente, en el momento y de la forma que elijamos.

Sin embargo, al igual que los iniciados del poema de Christopher Logue necesitaron un pequeño empujón para poder echarse a volar, todas estas posibilidades requieren un sutil pero poderoso cambio en nuestra forma de pensar. Al realizar este cambio, nuestros más grandes deseos, sueños y aspiraciones de repente parecen estar a nuestro alcance. Por muy milagroso que esto pueda parecer, todas estas cosas —y mucho más— son posibles dentro del ámbito de la Matriz Divina. La clave reside en comprender cómo funciona. También necesitamos un lenguaje para comunicar nuestros deseos que esta antigua red de energía pueda comprender.



Nuestras más antiguas y apreciadas tradiciones nos recuerdan que existe de hecho un lenguaje para comunicarse con la Matriz Divina, un lenguaje que no posee palabras ni tiene que ver con las señales externas de comunicación que hacemos con nuestras manos o con nuestros cuerpos. Viene en una forma tan simple que ya sabemos «hablarlo» con fluidez. De hecho, lo usamos cada día de nuestras vidas —se trata del lenguaje de la emoción.

La ciencia moderna ha descubierto que con cada emoción que experimentamos en nuestros cuerpos sufrimos cambios químicos en aspectos como el pH y las hormonas. A través de las experiencias «positivas» del amor, la compasión y el perdón, y las emociones «negativas» del odio, los prejuicios y la envidia, cada uno de nosotros tiene el poder para afirmar o negar nuestra existencia en cada momento del día. Además, la misma emoción que nos da este poder *en el interior* de nuestros cuerpos extiende esta fuerza hacia el mundo cuántico que está *más allá* de nuestros cuerpos.

Puede resultar útil pensar en la Matriz Divina como una manta cósmica que comienza y termina en el reino de lo desconocido, y cubre todo lo que hay en medio. Esta manta tiene varias capas de profundidad, y está siempre en todas partes. Nuestros cuerpos, nuestras vidas y

todo lo que conocemos sucede en su interior. Desde nuestra concepción en el útero de nuestra madre hasta nuestros matrimonios, divorcios, amistades y trabajos, todo lo que experimentamos puede ser considerado como «arrugas» en la manta.

Desde una perspectiva cuántica, todas las cosas, desde los átomos de materia hasta una brizna de hierba, desde nuestros cuerpos hasta los planetas, pueden ser consideradas como una «perturbación» en el tejido uniforme de esta manta espacio-temporal. Tal vez no sea una coincidencia que las antiguas tradiciones espirituales y poéticas describieran la existencia más o menos de la misma forma. Los Vedas, por ejemplo, hablan de un campo unificado de «pura conciencia» que impregna toda la creación.¹⁰ En estas tradiciones, nuestras experiencias mentales y emocionales —y todos los juicios que generan— son vistas como *perturbaciones*, interrupciones en un campo que de otro modo es uniforme e inmóvil.

Del mismo modo, el texto del siglo VI *Hsin-Hsin Míng* [Poema de la fe en el espíritu] describe las propiedades de una esencia que es el patrón para todo lo que existe en el universo. Esta esencia, a la que se llama Tao, está más allá de cualquier descripción, y lo mismo sucede en las escrituras védicas. Es todo lo que existe —el contenedor de toda experiencia, así como la experiencia en sí—. El Tao es descrito como algo perfecto, «como un inmenso espacio en el que nada falta y nada sobra».¹¹

Según el *Hsin-Hsin Míng*, la armonía del Tao se nos escapa únicamente cuando perturbamos su tranquilidad con nuestros juicios. Cuando esto sucede y nos encontramos dominados por sentimientos de ira y separación, el texto nos ofrece consejos para remediar esta situación: «Para estar en armonía con esta realidad, cada vez que surja la duda di simplemente “no-dos”. En esta “no-dualidad” nada está separado y nada está excluido».¹²

Aunque admito que vernos a nosotros mismos como una perturbación en la Matriz no es una idea muy atractiva, también nos proporciona una poderosa manera de concebir nuestro mundo y nuestras vidas. Si por ejemplo queremos tener nuevas y enriquecedoras relaciones, dejar que el amor entre en nuestras vidas o encontrar una solución pacífica al conflicto de Oriente Medio, debemos crear una nueva perturbación en el campo, una perturbación que refleje nuestro deseo.

Tenemos que crear una nueva «arruga» en la sustancia de la que está hecho el espacio, el tiempo, nuestro cuerpo y todo cuanto existe.

Ésta es nuestra relación con la Matriz Divina. Se nos ha dado el poder para imaginar, soñar y sentir las posibilidades desde el interior de la propia Matriz, de modo que pueda reflejar de vuelta hacia nosotros lo que hayamos creado. Las antiguas tradiciones y la ciencia moderna han descrito cómo funciona este espejo cósmico; en el caso de los experimentos que comentaré en los próximos capítulos, he explicado en lenguaje científico el funcionamiento de estos reflejos. Hay que admitir que por mucho que estos estudios resuelvan algunos misterios de la creación, también plantean preguntas aún más profundas sobre nuestra existencia.

Obviamente, no sabemos todo lo que hay que saber sobre la Matriz Divina. La ciencia no tiene todas las respuestas —francamente, los científicos ni siquiera saben con seguridad de dónde proviene la Matriz Divina, y somos conscientes de que aun si pudiéramos estudiarla durante los próximos cien años, no íbamos a encontrar todas las respuestas—. Lo que sí sabemos, sin embargo, es que la Matriz Divina existe. Está aquí, y podemos explotar su poder creativo a través del lenguaje de nuestras emociones.

Podemos aplicar este conocimiento de una manera que nos sea útil en nuestras vidas. Al hacerlo, nuestra conexión con otros seres y todas las cosas no podrá ser negada. A la luz de esta conexión comprendemos lo poderosos que realmente somos. Desde la posición de fuerza que nos proporciona esta comprensión, tendremos una oportunidad para convertirnos en personas más compasivas y llenas de paz, dispuestas a trabajar activamente para crear un mundo que refleje estas cualidades —y mucho más—. Por medio de la Matriz Divina, tenemos la oportunidad de centrarnos en estos atributos, usándolos como una tecnología interior de sentimientos, imaginación y sueños. Cuando lo hagamos, estaremos explotando el poder para cambiar nuestras vidas y el mundo.

SOBRE ESTE LIBRO

En muchos sentidos, nuestra experiencia de la Matriz Divina puede compararse al *software* que hace funcionar un ordenador. En ambos casos, las instrucciones deben usar un lenguaje que el sistema pueda entender. Para el ordenador, se trata de un código numérico de ceros y unos. Para la conciencia, se requiere un tipo distinto de lenguaje, uno que no usa números, ni alfabetos, ni palabras. Como somos parte de la Matriz Divina, tiene mucho sentido que ya tengamos todo lo necesario para comunicarnos con ella, sin necesidad de manual de instrucciones o de adiestramiento especial. Y así es.

El lenguaje de la conciencia parece ser la experiencia universal de la emoción. Ya sabemos cómo amar, odiar, temer y perdonar. Al reconocer que estos sentimientos son de hecho las instrucciones que sirven para programar la Matriz Divina, podemos comenzar a comprender la manera de traer paz y felicidad a nuestras vidas.



Este libro no pretende ser la obra definitiva sobre la historia de la ciencia y la nueva física. Hay varios otros libros que han hecho un gran trabajo haciendo público este tipo de información. Algunos de ellos son mencionados aquí —como *Hiperespacio*, de Michio Kaku, y *La totalidad y el orden implicado*, de David Bohm. Cada uno de ellos ofrece una nueva forma de ver las cosas, y los recomiendo a todos.

Este libro pretende ser una herramienta útil —una guía— que podamos aplicar a los misterios de nuestra vida cotidiana. Por esta razón, hay lugares en los que he elegido centrarme más en los revolucionarios y sorprendentes resultados de los experimentos cuánticos, y no detenerme demasiado en los detalles técnicos. Para que podamos comprender el poder de manifestar paz, alegría, amor y curación, lo importante es destacar lo que los resultados nos dicen sobre nosotros mismos, y no los pormenores sobre la forma en que se realizaron estos experimentos. Para los que estén interesados en los detalles técnicos, he incluido las fuentes en las notas al final del libro.

Para mucha gente, los descubrimientos en el mundo de la física cuántica no son más que datos interesantes —cuestiones sobre las que conversar en una conferencia, en un seminario o mientras uno se toma un café—. A pesar de lo profundas que son las implicaciones de estos descubrimientos, éstos parecen tener muy poco que ver con nuestra vida cotidiana. ¿De qué nos sirve, por ejemplo, saber que una partícula de materia puede estar en dos lugares al mismo tiempo o que los electrones pueden viajar más rápido de lo que dijo Einstein? ¿De qué nos sirven estos conocimientos si no agregan nada a nuestras vidas? Estos asombrosos descubrimientos sólo comenzarán a ser importantes para nosotros cuando podamos relacionarlos con la curación de nuestros cuerpos o con las experiencias de nuestra vida diaria, en nuestra sala de estar, en la tienda, en el aeropuerto o en las aulas.

Esta aparente brecha entre los misterios del mundo cuántico y nuestras experiencias cotidianas es la que *La Matriz Divina* pretende cerrar. Este libro no se limita a describir los resultados de estos experimentos, sino que explica cómo estos descubrimientos nos pueden ayudar a convertirnos en mejores personas y a crear un mundo mejor.

He escrito este libro por una sola razón: para dar esperanza, otorgar poder y abrir nuevas posibilidades en un mundo que muchas veces nos hace sentir insignificantes e impotentes. Y mi objetivo es hacerlo con un lenguaje coloquial que describa los asombrosos descubrimientos de la nueva ciencia de una manera que sea interesante y fácil de comprender.

Mi experiencia con presentaciones en directo me ha enseñado que para saber comunicarse con el público es importante prestar atención a la forma de aprendizaje de los oyentes. Independientemente del hemisferio cerebral —izquierdo o derecho— por el que nos rijamos, el hecho es que todos usamos ambos hemisferios para comprender el mundo. Y aunque sin duda algunas personas se valen más de uno que de otro, es importante honrar tanto nuestra intuición como nuestra lógica, cuando invitamos a la gente a dar un enorme salto en la forma en que ve el mundo.

Por esta razón, *La Matriz Divina* está escrita de una manera análoga a la creación de un tapiz. A lo largo de estas páginas, he entrelazado las descripciones de anécdotas y experiencias personales —correspondientes al hemisferio derecho— con las investigaciones e informes de descubrimientos —correspondientes al hemisferio izquierdo— que nos explican

por qué estas historias son importantes. Esta forma de comunicar la información hace que los datos no parezcan salidos de un libro de texto, sin que por ello el material pierda rigor científico.

Al igual que toda la vida depende de las cuatro bases químicas que constituyen nuestro ADN, el universo parece estar basado en cuatro características de la Matriz Divina que hacen que las cosas funcionen como lo hacen. La clave para explotar el poder de la Matriz está en nuestra capacidad para incorporar los cuatro descubrimientos principales que la conectan con nuestras vidas de una manera jamás vista.

- Descubrimiento 1:** Existe un campo de energía que conecta toda la creación.
- Descubrimiento 2:** Este campo desempeña el papel de recipiente, de puente y de espejo para las creencias que tenemos dentro de nosotros.
- Descubrimiento 3:** Este campo es holográfico y no local. Cada una de sus partes está conectada con todas las demás, y cada parte refleja al todo a una escala menor.
- Descubrimiento 4:** Nos comunicamos con este campo mediante el lenguaje de la emoción.

Tenemos el poder de reconocer y aplicar estas realidades que determinan todas las cosas, desde la curación de nuestros cuerpos hasta el éxito de nuestras relaciones y de nuestras carreras. Al final, nuestra supervivencia como especie puede estar directamente relacionada con nuestra capacidad y disposición para compartir prácticas de afirmación de la vida que provengan de una visión cuántica unificada.

Para hacer justicia a los importantes conceptos planteados por *La Matriz Divina*, he dividido este libro en tres partes, y cada una de ellas cubre una de las implicaciones más importantes de los descubrimientos en este campo. En lugar de llegar a una conclusión definitiva al final de cada parte, he indicado las ideas más importantes en un resumen. Estas ideas están numeradas. Para una referencia rápida, se puede consultar la lista de los puntos más importantes al final del capítulo 8.

Una breve descripción de cada sección servirá de ayuda para asimilar mejor el material y encontrar la información deseada.

La primera parte, «Descubriendo la Matriz Divina: el misterio que conecta todas las cosas», explora la permanente intuición humana de que estamos unidos por un campo de energía que conecta todas las cosas. En el capítulo 1, describo el experimento que retrasó a los científicos más de cien años en la búsqueda de un campo unificado. En esta sección también menciono las investigaciones del siglo XX que llevaron a avances de la física cuántica y obligaron a los científicos a reexaminar el experimento original que les hizo creer que todas las cosas están separadas. Esto incluye tres experimentos representativos que muestran la última documentación científica sobre un campo de energía anteriormente no reconocido. Brevemente, estos resultados demuestran lo siguiente:

1. El ADN humano tiene un efecto directo sobre la sustancia de la que está hecho nuestro mundo.
2. La emoción humana tiene un efecto directo sobre el ADN que afecta a la sustancia de la que está hecho nuestro mundo.
3. La relación entre las emociones y el ADN trasciende los límites del tiempo y del espacio. Los efectos son los mismos independientemente de la distancia.

Al final de la primera parte, ya no quedará ninguna duda sobre la existencia de la Matriz Divina. Desde un punto de vista tanto científico como espiritual, está claro que existe algo ahí fuera —un campo de energía que conecta todo lo que hacemos, así como todo lo que somos y experimentamos—. La pregunta lógica pasa a ser entonces: ¿qué hacemos con esta información? o «¿cómo podemos usar la Matriz Divina en nuestras vidas?»

La segunda parte, «El puente entre la imaginación y la realidad: cómo funciona la Matriz Divina», explora lo que significa vivir en un universo donde, además de que las cosas estén simplemente conectadas entre sí (no localmente), todo está unido *holográficamente*. El sutil poder de estos principios es quizá uno de los mayores descubrimientos de la física del siglo XX —y al mismo tiempo, tal vez sea uno de los menos comprendidos y más ignorados—. Esta sección es intencionalmente no técnica y está diseñada para ser una guía que nos sirva para comprender

el misterio de experiencias que todos compartimos, pero de las que rara vez aprendemos todo lo que nos podrían enseñar.

Cuando contemplamos nuestras vidas desde la perspectiva de que todas las cosas están en todas partes todo el tiempo, las implicaciones son tan enormes que se hace difícil asimilarlas. Precisamente gracias a nuestra conexión universal tenemos el poder para compartir y participar en las alegrías y tragedias de la vida, en cualquier parte y en cualquier momento. ¿Cómo podemos utilizar este poder?

La respuesta comienza con nuestra comprensión de que realmente no existen ni el «aquí» ni el «allí», ni el «ahora», ni el «entonces». Desde la perspectiva de la vida como un holograma universalmente conectado, *aquí ya es allí*, y *entonces siempre ha sido ahora*. Las antiguas tradiciones espirituales nos recuerdan que en cada momento del día optamos o bien por aquello que afirma nuestra vida o bien por aquello que la niega. Cada segundo elegimos alimentarnos de una manera que nos fortalezca o nos debilite, decidimos que nuestra respiración sea profunda y portadora de vida o superficial y negadora de la vida, y pensamos y hablamos de otras personas de una manera que es honorable o deshonrosa.

A través del poder de nuestra conciencia holográfica no local, cada una de estas elecciones aparentemente insignificantes tiene consecuencias que van mucho más allá de las situaciones y circunstancias de nuestras vidas. Nuestras elecciones individuales se combinan para convertirse en nuestra realidad colectiva —esto es lo que hace que los descubrimientos sean a la vez excitantes y atemorizantes—. Gracias a esta comprensión, vemos:

- Por qué nuestros buenos deseos, pensamientos y plegarias ya están en su lugar de destino.
- Que no estamos limitados por nuestros cuerpos o por las «leyes» de la física.
- Cómo ayudamos a nuestros seres amados estén donde estén —sea en el campo de batalla o en la oficina— sin ni siquiera salir de casa.
- Que *tenemos* el poder para curarnos instantáneamente.
- Que es posible ver a través del tiempo y del espacio sin abrir nunca los ojos.

La tercera parte, «Mensajes provenientes de la Matriz Divina: la vida, el amor y la curación en la conciencia cuántica», aborda los aspectos prácticos de lo que significa vivir en un campo unificado de energía, y cómo esto afecta a lo que nos sucede. Con ejemplos de sincronicidades y coincidencias, poderosos actos de curación intencional y lo que nuestras relaciones más íntimas nos están mostrando, esta sección sirve como referencia para comprender el significado de experiencias similares en nuestras vidas.

A través de una serie de casos de la vida real, quiero comunicar el poder, la ironía y la claridad de cómo unos acontecimientos aparentemente insignificantes de nuestras vidas son de hecho «nosotros» mostrándonos a nosotros mismos nuestras creencias más profundas y verdaderas. Entre los ejemplos usados para describir esta relación, incluyo una historia real de cómo nuestras mascotas pueden mostrarnos con *sus* cuerpos los trastornos físicos que aún no hemos detectado en los nuestros.

La Matriz Divina es el resultado de más de veinte años de investigaciones, así como de mi búsqueda personal por comprender el gran secreto de nuestras más antiguas tradiciones espirituales y místicas. Y si siempre has buscado respuestas para las preguntas «¿estamos *realmente* conectados, y si lo estamos, cómo de profunda es esa conexión?» y «¿cuánto poder tenemos realmente para cambiar nuestro mundo?», entonces este libro te va a gustar.

La Matriz Divina ha sido escrita para aquellos de vosotros cuyas vidas conectan la realidad de nuestro pasado con la esperanza de nuestro futuro. Vosotros sois los que tenéis que encontrar la capacidad para el perdón y la compasión en un mundo marcado por las cicatrices del sufrimiento, el juicio y el miedo. La clave para sobrevivir en esta época consiste en crear una nueva forma de pensar mientras continuamos viviendo en circunstancias que amenazan nuestra existencia.

Al final, puede que descubramos que nuestra capacidad para comprender y aplicar las «reglas» de la Matriz Divina es la clave para gozar del máximo de felicidad y de salud, y para poder sobrevivir como especie.

Gregg Braden
Santa Fe, Nuevo México

Primera parte

Descubriendo la Matriz Divina:
el misterio que conecta todas las cosas

Pregunta: ¿Qué hay en el espacio entre las cosas?
Respuesta: La Matriz Divina

La ciencia no puede resolver el misterio fundamental de la naturaleza. Y esto es así porque, en el análisis final, nosotros mismos somos... parte del misterio que estamos intentado resolver.

Max Planck (1858-1947), físico

Cuando nos comprendemos a nosotros mismos y a nuestra conciencia, también comprendemos el universo, y la separación desaparece.

Amit Goswani, físico

Existe un lugar en el que comienzan todas las cosas, un lugar de pura Energía que simplemente «es». En esta incubadora cuántica de la realidad, todo es posible. Desde nuestro éxito personal, riqueza y curación hasta nuestro fracaso, pobreza y enfermedad... todas las cosas, desde nuestros mayores miedos hasta nuestros deseos más profundos, comienzan en esta «sopa» de potencialidades.

A través de creadores de realidad como la imaginación, la expectativa, el juicio, la pasión y la plegaria, materializamos cada posibilidad y la hacemos entrar en la existencia. Con nuestras creencias sobre quién somos, sobre lo que tenemos y lo que no tenemos, y sobre lo que deberíamos ser y lo que no deberíamos ser, insuflamos vida a nuestras mayores alegrías, así como a nuestros momentos más tristes.

La clave para dominar este lugar de pura energía consiste en saber que existe, comprender cómo funciona, y finalmente hablar el lenguaje que él reconoce. Todas las cosas pasan a estar al alcance de nuestra

mano en calidad de arquitectos de la realidad en este lugar donde comienza el mundo: el puro espacio de la Matriz Divina.

Clave 1: La Matriz Divina es el *recipiente* en el que existe el universo, el *puente* entre todas las cosas y el *espejo* que nos muestra lo que hemos creado.

Lo último que esperaba ver esa tarde durante mi excursión por un remoto cañón del noroeste de Nuevo México era a un chamán indígena caminando hacia mí. Pero ahí estaba. Había estado observándome mientras yo avanzaba cuidadosamente entre las piedras. Yo tenía el sol de frente y me resultaba difícil distinguir sus facciones, pero pude ver que tenía el cabello largo, hasta los hombros.

Parecía tan sorprendido de verme como yo a él.

—¡Hola! —gritó.

—¡Hola! —contesté—. No esperaba ver a nadie por aquí a esta hora del día. —Me acerqué un poco más y le pregunté—: ¿Cuánto tiempo ha estado observándome?

—No mucho —contestó—. Vengo aquí a menudo para escuchar las voces de mis ancestros en aquellas cuevas —me dijo, señalando con el brazo hacia el otro lado del cañón.

El sendero por el que íbamos pasaba por una serie de yacimientos arqueológicos cuyos edificios habían sido construidos hacía unos once siglos por los miembros de un misterioso clan. Nadie sabe de dónde vinieron ni quiénes eran. Sin que exista ninguna evidencia de que sus habilidades hubiesen evolucionado con el tiempo, los individuos a los que los indígenas actuales llaman simplemente «los antiguos» aparecieron de golpe y trajeron consigo la tecnología más avanzada que habría de verse en Norteamérica durante más de mil años.

Desde las construcciones de cuatro pisos de altura y las perfectas *kivas* de piedra (estructuras redondas usadas para las ceremonias) enterradas bajo tierra hasta los grandes sistemas de irrigación y los sofisticados sistemas de cultivo que alimentaban a los habitantes, todo en este lugar apareció sin más un buen día. Y luego los que lo construyeron se marcharon de repente —simplemente desaparecieron.

Los antiguos dejaron muy pocas pistas que pudiesen decirnos quiénes eran. Aparte de las pinturas en las paredes del cañón, no se ha encontrado ningún documento escrito. No hay cementerios ni lugares para la cremación, ni tampoco armas de guerra. Sin embargo, la prueba de su existencia está aquí: cientos de antiguas viviendas situadas en un cañón de 17 kilómetros de largo y casi 2 de ancho, en el noroeste del estado de Nuevo México.

He venido a menudo a este lugar para caminar, sumergirme en la extraña belleza de su abierta desolación y sentir el pasado. En esa tarde de octubre, el chamán y yo habíamos acudido a esta meseta desértica por la misma razón. Mientras intercambiábamos opiniones sobre los secretos del lugar, mi nuevo amigo me contó una historia.

HACE MUCHO TIEMPO...

—Hace mucho tiempo, nuestro mundo era muy distinto a como lo vemos hoy —comenzó el chamán—. Había menos gente, y vivíamos más en contacto con la naturaleza. La gente conocía el lenguaje de la lluvia, de las cosechas, y del Gran Creador. Incluso sabía cómo hablar a las estrellas y a los habitantes del cielo. Era consciente de que la vida es sagrada y que es el fruto del matrimonio entre la Madre Tierra y el Padre Cielo. En aquella época, había equilibrio, y la gente era feliz.

Sentí que algo muy antiguo manaba de mi interior mientras escuchaba la apacible voz de este hombre resonando contra los muros de piedra que nos rodeaban. De repente, su voz adquirió un tono de tristeza.

—Entonces sucedió una cosa —dijo—. Nadie sabe por qué, pero la gente comenzó a olvidar quién era. Y en su olvido empezó a sentirse separada (separada de la tierra, separada de sus semejantes, separada incluso de su creador). La gente se sentía perdida y deambulaba por la vida sin rumbo ni dirección. A causa de su separación, creía que tenía que luchar para sobrevivir en este mundo y defenderse de las mismas fuerzas que le habían dado la vida y con las que había aprendido a convivir. En poco tiempo, toda su energía comenzó a ser usada para protegerse del mundo exterior, en lugar de hacer las paces con el mundo interior.

El relato de este hombre caló muy hondo en mí. Al escuchar lo que estaba diciendo, me pareció que estaba describiendo a los seres humanos de la actualidad! Con la excepción de culturas aisladas y remotas, y algunos lugares donde perdura la tradición, nuestra civilización está sin duda mucho más centrada en el mundo *exterior* que en el mundo *interior*.

Gastamos cientos de millones de dólares cada año para defendernos de las enfermedades e intentando controlar la naturaleza. Al hacerlo, es posible que nos hayamos desviado más que nunca de nuestro equilibrio con el mundo natural. El chamán había captado mi atención; ahora la pregunta era: ¿adónde quería llegar con su relato?

—A pesar de que estas personas habían olvidado quiénes eran, el legado de sus ancestros seguía vivo en su interior —continuó—. Aún había un recuerdo que perduraba. En sus sueños nocturnos sabían que tenían el poder de curar sus cuerpos, provocar la lluvia cuando la necesitaran y comunicarse con sus ancestros. Sabían que de alguna forma podrían volver a encontrar su lugar dentro del mundo natural.

»A medida que intentaban recordar quiénes eran, comenzaron a construir objetos *exteriores* que les recordaban quiénes eran en su *interior*. Con el paso del tiempo, diseñaron máquinas para curar, crearon sustancias químicas para hacer crecer los cultivos y extendieron cables para comunicarse a través de largas distancias. Cuanto más se alejaban de su poder interno, más abarrotaban sus vidas con los objetos que ellos creían que los iban a hacer felices.

Mientras escuchaba, percibí los inconfundibles paralelismos entre la gente de esta historia y nuestra civilización actual. Nuestra civilización parece ser incapaz de ayudarnos a crear un mundo mejor. Tantas veces nos sentimos *impotentes* cuando vemos cómo nuestros seres queridos caen en las garras del dolor y de la adicción... Creemos no tener ningún *poder* para aliviar el sufrimiento de enfermedades que nadie debería nunca tener que soportar. Sólo podemos *esperar* a que llegue la paz y nos devuelva a los seres queridos que luchan en tierras lejanas. Y nos sentimos insignificantes ante el creciente peligro nuclear que amenaza al mundo a causa de nuestras divisiones religiosas, nacionales y étnicas.

Parece que cuanto más nos alejamos de nuestra relación natural con la tierra, con nuestros cuerpos, con nuestros semejantes y con Dios,

más vacíos nos sentimos. Y entonces, intentamos llenar ese vacío con «cosas». Cuando contemplo el mundo desde este punto de vista, me acuerdo de la película *Contacto*, que presenta un dilema similar. El asesor científico del presidente (interpretado por Matthew McConaughey) explora la pregunta fundamental a la que se enfrentan todas las sociedades tecnológicas. Durante una entrevista en televisión, él pregunta si somos una sociedad mejor gracias a nuestra tecnología —¿ha servido para unirnos o nos ha hecho sentir más separados unos de otros?—. La pregunta no recibe realmente una respuesta en la película, pero el tema da para un libro entero. Sin embargo, el asesor pone el dedo en la llaga cuando se pregunta qué precio pagamos realmente por nuestras diversiones.

Cuando creemos que los videojuegos, las películas, las relaciones virtuales y la comunicación electrónica son necesidades, y todas estas cosas se convierten en sustitutos del contacto real cara a cara, esto puede ser una señal de una sociedad en dificultades. Aunque la electrónica y la industria del entretenimiento sin duda hacen la vida más interesante, también podrían ser banderas rojas que nos avisan sobre cómo hemos perdido la capacidad de llevar una vida sana, enriquecedora y que tenga sentido.

Además, cuando el objetivo de nuestras vidas pasa a ser cómo *evitar la enfermedad* en lugar de cómo vivir de manera sana, cómo *eludir la guerra* en lugar de cómo cooperar para lograr la paz, y *cómo crear nuevas armas* en lugar de cómo vivir en un mundo en el que el conflicto armado se ha vuelto obsoleto, está claro que el camino que estamos siguiendo es el de la supervivencia. Y así nadie es realmente feliz —nadie «gana»—. Cuando vemos que estamos viviendo de esta forma, lo más lógico sería buscar otro camino. Y esto es justamente lo que este libro pretende hacer, y la razón por la cual estoy contando esta historia.

—¿Cómo acaba la historia? —le pregunté al chamán—. ¿Consiguieron esta gente recuperar su poder y recordar quién era?

El sol ya había desaparecido tras las paredes del cañón, y por primera vez pude ver con claridad a la persona con quien estaba hablando. El hombre de rostro curtido por el sol sonrió ampliamente al escuchar mi pregunta. Se quedó en silencio un momento y luego susurró:

—Nadie lo sabe, porque la historia no ha terminado. Estas personas son nuestros ancestros, y nosotros somos los que estamos escribiendo el fin de esta historia. ¿Qué le parece...?

Después de este encuentro, sólo vi a este hombre un par de veces más en varios lugares que a ambos nos encantan. Sin embargo, pienso en él a menudo. Cuando veo lo que sucede en el mundo, me acuerdo de su historia y me pregunto si escribiremos el final durante esta vida. ¿Seremos tú y yo los encargados de recordar?

Las implicaciones de la historia del chamán son graves. La visión convencional de ésta es que las herramientas de las civilizaciones pasadas —no importa lo antiguas que sean— eran menos avanzadas que las de la tecnología moderna. Aunque es cierto que estos pueblos pueden no haber hecho uso de la «ciencia moderna» para resolver sus problemas, es posible que hayan tenido algo aún mejor.

Los debates sobre este tema con historiadores y arqueólogos que se ganan la vida interpretando el pasado suelen ser muy encendidos. «Si eran tan avanzados, ¿dónde están las muestras de su tecnología? —preguntan los expertos—. ¿Dónde están sus tostadores, sus hornos de microondas, sus aparatos de vídeo?» Me parece muy curioso que para juzgar el desarrollo de una civilización todo dependa de las *cosas* que se hayan fabricado. ¿Y qué pasa con el pensamiento que subyace a todo lo que se ha hecho? Aunque, por lo que yo sé, es verdad que nunca hemos encontrado un aparato de televisión o una cámara digital en los restos arqueológicos de los pueblos del sudoeste de los Estados Unidos (ni tampoco en ningún otro lugar), la pregunta que hay que hacerse es: ¿por qué no?

¿Es posible que cuando contemplamos los restos de civilizaciones avanzadas como las de Egipto, Perú o el desierto del sudoeste de los Estados Unidos, estemos frente a los vestigios de una tecnología tan *avanzada* que no necesitaba tostadores y aparatos de vídeo? Tal vez estas civilizaciones trascendieron la necesidad de vivir en un mundo atiborrado y complejo. Tal vez sabían algo sobre ellos mismos que les daba la tecnología interior para vivir de otra manera, un conocimiento que hemos olvidado. Esta sabiduría podría haberles dado todo lo que necesitaban para vivir y para curarse de maneras que estamos apenas comenzando a entender.

Si esto es verdad, tal vez no necesitemos mirar más allá de la naturaleza para comprender quiénes somos y cuál es realmente nuestro rol en la vida. Y quizá algunos de nuestros hallazgos más profundos y enriquecedores ya estén disponibles gracias a los misteriosos descubrimientos del mundo cuántico. A lo largo del siglo pasado, los físicos descubrieron que la sustancia de la que están hechos nuestros cuerpos y el universo no siempre sigue las claras y ordenadas leyes de la física que han sido consideradas sagradas durante casi tres siglos. De hecho, a escala microscópica, las propias partículas de las que estamos hechos no siguen las reglas que afirman que nos hallamos separados unos de otros y que nuestra existencia es limitada. En el nivel de las partículas, todo parece estar conectado y ser infinito.

Estos descubrimientos sugieren que hay algo dentro de cada uno de nosotros que no está limitado ni por el tiempo ni por el espacio, ni incluso por la muerte. La conclusión final de estos descubrimientos es que vivimos en un universo «no local» en el que todo está siempre conectado.

Dean Radin, científico jefe del Instituto de Ciencias Noéticas, ha sido un pionero en la exploración de lo que significa vivir en este tipo de mundo. La «no localidad», explica, «significa que hay maneras en que las cosas que parecen estar separadas, en el fondo no lo están».¹ Hay aspectos de nosotros mismos, sugiere Radin, que van mucho más allá del «aquí y ahora» y nos permiten extendernos en el tiempo y en el espacio. En otras palabras, el «nosotros» que vive dentro de nuestro cuerpo físico no está limitado por la piel y el pelo.

Sea cual sea el nombre que decidamos darle a este misterioso «algo», lo importante es que todos lo tenemos; y el nuestro se entremezcla con el de todos los demás como parte del campo de energía que abarca todas las cosas. Se cree que este campo es la red cuántica que conecta todo lo que existe en el universo, así como la esencia infinitamente microscópica y activa de la que dependen tanto la curación de nuestro cuerpo como la consecución de la paz en el mundo. Para conocer nuestro verdadero poder, debemos comprender qué es exactamente este campo y cómo funciona.

Si es verdad que los antiguos pueblos que habitaban ese cañón de Nuevo México —o los de cualquier otro lugar— llegaron a comprender cómo funciona esta parte olvidada de nuestro ser, es muy importante

que apreciemos el conocimiento de nuestros ancestros y encontremos un lugar para su sabiduría en nuestra época.

¿ESTAMOS CONECTADOS, REALMENTE CONECTADOS?

La ciencia moderna está en camino de resolver uno de los mayores misterios de todos los tiempos. Puede que no oigas hablar de ello en los informativos de la televisión, y probablemente no lo verás publicado en la primera página de los periódicos. Sin embargo, setenta años de investigaciones en una rama de la ciencia conocida como la «nueva física» están señalando hacia una conclusión de la que no podemos escapar.

Clave 2: Todo en nuestro mundo está conectado con todo lo demás.

¡Eso es! Éstas son las noticias que lo cambian todo y que están haciendo temblar los fundamentos de la ciencia tal como la conocemos.

«De acuerdo –me dirás–, ya hemos escuchado esto antes. ¿Qué hace que *esta* conclusión sea tan distinta? ¿Qué significa realmente estar tan conectados?» Éstas son muy buenas preguntas, y las respuestas pueden sorprenderte. La diferencia entre los nuevos descubrimientos y los que creíamos anteriormente reside en que en el pasado simplemente se nos *decía* que la conexión existía. Con frases técnicas como «la dependencia respecto a las condiciones iniciales» (o «el efecto mariposa») y las teorías que nos decían que lo que hacemos «aquí» tiene un efecto «allí», apenas podíamos ver el efecto que esta conexión tenía en nuestras vidas. Los nuevos experimentos, sin embargo, van mucho más allá.

Además de probar que estamos conectados con todas las cosas, las investigaciones han demostrado que la conexión existe *a causa de* nosotros. Nuestra interconexión nos proporciona el poder para jugar con ventaja cuando se trata de cómo nos va a ir en la vida. Desde nuestra búsqueda del amor hasta el cumplimiento de nuestros más profundos deseos, somos parte integral de lo que experimentamos cada día.

El hecho de que los descubrimientos muestren que podemos usar nuestra interconexión conscientemente abre la puerta a nuevas e

increíbles posibilidades: la oportunidad de usar el mismo poder que impulsa a todo el universo. A través de la unidad que reside dentro de ti, de mí y de todos los habitantes de este planeta, ¡tenemos línea directa con la misma fuerza que ha creado todas las cosas, desde los átomos y las estrellas hasta el ADN de la vida!

Sin embargo, existe un pequeño problema: este poder está dormido hasta que podamos despertarlo. La clave para despertar este extraordinario poder consiste en cambiar ligeramente nuestra visión del mundo. Al igual que los iniciados del poema de Logue descubrieron que podían volar después de recibir un ligero empujón, un pequeño cambio en nuestra forma de ver las cosas nos va a permitir usar la fuerza más poderosa del universo para resolver incluso los problemas aparentemente más difíciles. Esto sucede cuando aprendemos a ver de otra manera nuestro papel en el mundo.

Como el universo parece ser un lugar tan grande —inconcebiblemente grande—, podemos comenzar por vernos a nosotros mismos de manera distinta en nuestra vida cotidiana. El «pequeño cambio» que necesitamos consiste en vernos como *parte* integral del mundo en lugar de *separados* de él. La manera en que podemos convencernos a nosotros mismos de que estamos unidos con todo lo que vemos y experimentamos es comprendiendo *cómo* estamos unidos y *qué* significado tiene esta conexión.

Clave 3: Para poder utilizar la fuerza del propio universo, debemos vernos a nosotros mismos como *parte* del mundo en lugar de *separados* de él.

A través de la conexión que une todas las cosas, la «sustancia» de la que está hecho el universo (ondas y partículas de energía) parece no respetar las leyes del tiempo y del espacio que conocíamos. Aunque los detalles suenan a ciencia-ficción, son muy reales. Se ha observado, por ejemplo, que las partículas de luz (los fotones) pueden estar en dos lugares —separados por varios kilómetros— al mismo tiempo.

Desde el ADN de nuestros cuerpos hasta los átomos de materia, las cosas en la naturaleza parecen compartir información a mayor velocidad de lo que Albert Einstein consideró posible —más rápido que la

velocidad de la luz—. En algunos experimentos, ¡la información llegó a su punto de destino incluso antes de partir! Históricamente, siempre se ha creído que estos fenómenos eran imposibles, pero por lo visto no sólo son posibles sino que además pueden acabar siendo mucho más que interesantes anomalías. La libertad de movimientos de las partículas cuánticas puede revelarnos cómo funciona el resto del universo cuando miramos más allá de la física.

A pesar de que pueda parecer que estos resultados han sido sacados de un episodio de *Star Trek*, el hecho es que corresponden a observaciones recientes, realizadas bajo el escrutinio de científicos de nuestro tiempo. De manera individual, los experimentos que producen estos efectos son ciertamente fascinantes y merecen más investigaciones. Tomados juntos, sin embargo, sugieren que no estamos tan limitados por las leyes de la física como creíamos. Es posible que las cosas *puedan* viajar a mayor velocidad que la luz, y es posible que *puedan* estar en dos partes al mismo tiempo. Y si las cosas tienen esta capacidad, ¿qué sucede con nosotros?

Éstas son precisamente las posibilidades que tienen tan excitados a los innovadores de hoy en día y que estimulan nuestra imaginación. Es la unión entre la imaginación —la idea de algo que podría ser— y la emoción lo que le da vida a una posibilidad para que se convierta en realidad. La manifestación comienza con la disposición para hacerle un hueco en nuestras creencias a algo que supuestamente no existe. Creamos ese «algo» mediante la fuerza de la conciencia.

El poeta William Blake consideraba que el poder de la imaginación era la esencia de nuestra existencia, y no algo que experimentamos de vez en cuando en nuestro tiempo libre. «El hombre es todo imaginación —dijo, y añadió—: El Cuerpo Eterno del Hombre es Imaginación, es decir, Dios Mismo.»² El filósofo y poeta John Mackenzie explicó nuestra relación con la imaginación con las siguientes palabras: «La distinción entre lo que es real y lo que es imaginario no puede hacerse con precisión... Todas las cosas son... imaginarias».³ En estas dos descripciones, los acontecimientos concretos de la vida deben ser primero considerados como posibilidades antes de que puedan convertirse en realidad.

Sin embargo, para que las ideas imaginarias de un momento en el tiempo puedan convertirse en la realidad de otro momento, tiene que

haber algo que las una. En el tejido del universo ha de haber una conexión entre las imaginaciones pasadas y las realidades presentes y futuras. Einstein creía firmemente que el pasado y el futuro estaban íntimamente entrelazados dentro de la sustancia de la cuarta dimensión, una realidad que él llamó *espacio-tiempo*. «La distinción entre pasado, presente y futuro –dijo–, no es más que una terca y persistente ilusión.»⁴

Así pues, de formas que estamos apenas comenzando a comprender, descubrimos que estamos conectados no sólo con todas las cosas que vemos en el presente sino también con todo lo que ha existido en el pasado y con todo lo que aún no ha sucedido. Y lo que estamos experimentando ahora es el resultado (al menos en parte) de acontecimientos que han ocurrido en una dimensión del universo que ni siquiera podemos ver.

Las implicaciones de estas relaciones son enormes. En un mundo en que un campo inteligente de energía conecta todas las cosas, desde la paz en el mundo hasta la curación individual, aquello que puede haber parecido milagro y fantasía en el pasado de repente se vuelve posible en nuestras vidas.

Con estas conexiones en mente, debemos comenzar a pensar desde una nueva perspectiva en la manera en que nos relacionamos con la vida, con nuestras familias, e incluso con la gente que nos rodea. Buenas o malas, todas las experiencias de la vida, desde las más hermosas y enriquecedoras hasta las más dolorosas y traumáticas, ya no pueden ser consideradas acontecimientos accidentales. Está claro que la clave para alcanzar la paz y la abundancia, para recobrar la salud y tener experiencias, relaciones y trabajos que nos proporcionen dicha y felicidad consiste en comprender lo profundamente que estamos conectados con todas las cosas.

EN BUSCA DE LA MATRIZ

Recuerdo la primera vez que le hablé de esta interconexión a mi amigo chamán. Durante un encuentro inesperado en un mercado local, le comenté emocionado lo que acababa de leer sobre un «nuevo» campo

de energía que había sido descubierto, un campo unificado distinto a todo lo que se conocía hasta la fecha.

—Este campo de energía —le expliqué— conecta todas las cosas. Nos conecta con el mundo, con nuestros semejantes, e incluso con el universo que está más allá de la Tierra, exactamente lo mismo que tú y yo hemos dicho siempre.

Como era su costumbre, mi amigo se quedó en silencio un momento antes de responderme con la franqueza que le caracterizaba. Fue directo al grano. «¡Vaya! —exclamó—. Has descubierto que todo está conectado. Esto es lo que mi gente ha venido diciendo desde un comienzo. ¡Es bueno que la ciencia también lo haya comprendido!»

Si un campo inteligente de energía desempeña un papel tan importante en el funcionamiento del universo, ¿cómo es posible que no lo hayamos descubierto hasta ahora? Acaba de terminar el siglo XX, una época que será probablemente considerada por los historiadores como la más extraordinaria de la historia. En el plazo de una sola generación, hemos aprendido cómo liberar el poder del átomo, a almacenar una biblioteca entera en un chip de ordenador, y a leer y manipular el ADN de la vida. ¿Cómo es posible que hayamos hecho todos estos maravillosos descubrimientos científicos, pero que se nos haya escapado el más importante de todos, la comprensión que nos da acceso al propio poder de la creación? La respuesta puede sorprenderte.



Hubo una época no muy distante en que los científicos intentaron de hecho resolver el misterio de si existe o no un campo inteligente de energía que conecta todas las cosas. Aunque la idea de la investigación era buena, más de cien años después aún nos estamos recobrando de la forma en que este famoso experimento fue interpretado. De este modo, durante la mayor parte del siglo XX, cada vez que un científico se atrevía a mencionar cualquier cosa sobre un campo unificado de energía que lo conecta todo a través del espacio vacío, se arriesgaba a que se rieran de él o a quedarse sin empleo. Con pocas excepciones, la idea no era aceptada —o ni siquiera permitida— en el debate científico serio. Sin embargo, no siempre ha sido así.

Aunque nuestra percepción de qué es exactamente aquello que conecta todas las cosas ha seguido siendo un misterio, ha habido innumerables intentos por darle un nombre con el propósito de reconocer su existencia. En los *sutras* budistas, por ejemplo, el reino del dios Indra es descrito como el lugar donde se origina la red que conecta todo el universo: «En la lejana morada celestial del gran dios Indra, hay una maravillosa red que ha sido colgada por algún astuto artesano de tal forma que se extienda infinitamente en todas direcciones».⁵

La historia de la creación de los indios hopi cuenta que el ciclo actual de nuestro mundo comenzó hace mucho tiempo, cuando la Abuela Araña emergió del vacío y lo primero que hizo fue tejer una gigantesca red que conectara todas las cosas, y a través de ella creó un lugar en el que sus hijos pudieran vivir.

Desde los tiempos de la antigua Grecia, aquellos que han creído en la existencia de un campo universal de energía que conecta todas las cosas se han referido a él como el *éter*. En la mitología griega, el *éter* era considerado la esencia del espacio y descrito como el «aire que respiraban los dioses». Pitágoras y Aristóteles lo identificaron como el misterioso quinto elemento de la creación, además de los ya conocidos, agua, fuego, aire y tierra. En una época posterior, los alquimistas continuaron usando los términos de los griegos para describir el mundo —una terminología que perduró hasta el nacimiento de la ciencia moderna.

Contradiendo la visión tradicional de la mayoría de los científicos actuales, algunas de las mentes más brillantes de la historia no sólo creían que el *éter* existía, sino que pensaban que era imprescindible. Afirmaban que era *necesario* para que las leyes de la física funcionasen como lo hacían. En el siglo XVII, sir Isaac Newton, el «padre» de la ciencia moderna, usó la palabra *éter* para describir una sustancia invisible que impregnaba todo el universo, y que él creía que era la responsable de la fuerza de la gravedad y de las sensaciones del cuerpo. La imaginaba como un espíritu vivo, aunque reconocía que en esa época no había instrumentos capaces de confirmar su existencia.

Hubo que esperar hasta el siglo XIX para que el creador de la teoría electromagnética, James Clerk Maxwell, ofreciera una descripción científica del *éter* que conecta todas las cosas. Lo describió como una «sustancia material de un tipo más sutil que los cuerpos físicos, y que

supuestamente existe en aquellas partes del espacio que parecen estar vacías». ⁶

En una época tan reciente como los inicios del siglo XX, algunas de las mentes científicas más respetadas seguían usando la terminología antigua para describir la esencia que llena el espacio vacío. Pensaban que el éter era una sustancia con una consistencia que estaba a medio camino entre la materia física y la pura energía. Es a través del éter, razonaban estos científicos, como las ondas de luz se mueven de un punto a otro en lo que parece ser el espacio vacío.

«No puedo concebir el éter, que puede ser la sede de un campo electromagnético con su energía y sus vibraciones, sino como dotado de un cierto grado de sustancialidad, por muy distinto que sea de la materia ordinaria», afirmó en 1906 el ganador del premio Nobel de física, Hendrik Lorentz. ⁷ Las ecuaciones de Lorentz le proporcionaron a Einstein las herramientas necesarias para desarrollar su revolucionaria teoría de la relatividad.

Incluso después de que sus teorías hubiesen descartado la necesidad de la existencia del éter en el universo, el propio Einstein creía que se iba a descubrir algo que explicara el vacío en el espacio, y afirmó: «El espacio sin el éter es inconcebible». Coincidiendo con Lorentz y los antiguos griegos, para los cuales el éter era una sustancia a través de la cual se mueven las ondas, Einstein afirmó que es necesario para que existan las leyes de la física: «En un espacio de este tipo [sin éter] no existiría ninguna propagación de la luz, ni tampoco ninguna posibilidad para la existencia del espacio y del tiempo». ⁸

Aunque por un lado Einstein parece reconocer la posibilidad de la existencia del éter, por otro advertía que no debería ser considerado como energía en el sentido ordinario de la palabra: «El éter no puede ser considerado como dotado de las características de los medios mensurables, como constituido por partes [partículas] cuya trayectoria puede ser seguida en el tiempo». ⁹ De esta forma, describió cómo, debido a la naturaleza singular del éter, su existencia seguía siendo compatible con sus teorías.

En la actualidad, la mera mención del éter basta para iniciar un encendido debate sobre su existencia. El éter también nos hace recordar el famoso experimento que fue diseñado para probar o refutar la existencia

del campo de energía de una vez por todas. Como suele suceder con este tipo de investigaciones, el resultado suscitó más preguntas —y más controversia— que las que contestó.

EL MAYOR EXPERIMENTO «FRACASADO» DE LA HISTORIA

Realizado hace más de cien años, el experimento del éter recibió el nombre de los científicos que lo diseñaron, Albert Michelson y Edward Morley. El único objetivo del experimento Michelson-Morley era determinar si el misterioso éter existía realmente o no. El muy esperado experimento —diseñado para verificar los resultados de uno similar que fue realizado en 1881— causó sensación entre la comunidad científica reunida en 1887 en el laboratorio de lo que hoy es la Universidad Case Western Reserve.¹⁰ Al final, tuvo consecuencias que incluso las mentes más brillantes de finales del siglo XIX no pudieron prever.

La idea tras el experimento era innovadora, sin duda. Si el éter existe realmente, razonaron Michelson y Morley, debe de ser una energía que está inmóvil y quieta en todas partes. Y si esto es así, el paso de la Tierra a través de este campo en el espacio debería crear un movimiento que pueda ser medido. Al igual que podemos detectar el paso del aire cuando agita los vastos campos de trigo en las llanuras de Kansas, deberíamos poder detectar la «brisa» del éter. Michael y Morley denominaron *viento del éter* a este fenómeno hipotético.

El piloto de cualquier avión sabe que cuando la aeronave vuela con viento a favor, el tiempo de vuelo puede ser mucho menor. Sin embargo, cuando el avión tiene el viento en contra, el tiempo de vuelo puede aumentar en varias horas. Michelson y Morley pensaban que si pudiesen disparar un haz de luz en dos direcciones al mismo tiempo, la diferencia en la cantidad de tiempo que tardaría cada haz de luz en llegar a su destino debería permitir determinar la presencia y el flujo del viento del éter. Aunque el experimento era una buena idea, los resultados sorprendieron a todo el mundo.

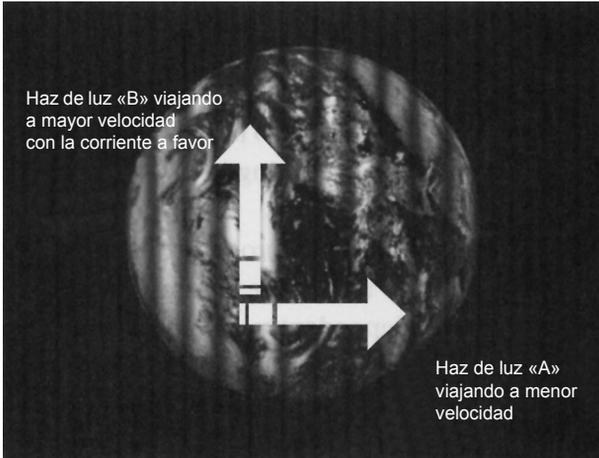


Figura 1. Si el éter existiese, Michelson y Morley creían que un haz de luz viajaría a menor velocidad cuando tuviese las corrientes del éter en contra (A), y más rápido cuando las tuviese a favor (B). El experimento, realizado en 1887, no encontró ninguna corriente del éter; la conclusión fue que no existía. Las consecuencias de esta interpretación han atormentado a los científicos durante más de cien años. En 1986, la revista *Nature* publicó los resultados de unos experimentos realizados con aparatos más sensibles. La conclusión final: se detectó un campo con las características del éter, que se comportó exactamente como habían sugerido las antiguas predicciones de hacía un siglo.

Lo que sucedió fue que los instrumentos de Michelson y Morley no detectaron ningún viento del éter. Al haber encontrado una ausencia de viento, los experimentos de 1881 y 1887 parecían llevar a la misma conclusión: el éter no existe. Michelson interpretó los resultados de lo que ha sido llamado «el mayor experimento fracasado de la historia» en el prestigioso *American Journal of Science*: «El resultado de la hipótesis de un campo estacionario de éter es incorrecto, lo cual nos lleva a concluir que la hipótesis es errónea».¹¹

Aunque el experimento puede ser considerado un «fracaso» en lo que a probar la existencia del éter se refiere, en realidad lo que demostró fue que el campo del éter puede no comportarse tal como los científicos esperaban. El hecho de que no se detectara ningún movimiento no quiere decir que el éter no estuviera presente. Si levantas el dedo por encima de la cabeza para comprobar si hay viento y no sientes ninguna brisa, no puedes suponer que no existe el aire. Y esto fue justamente lo que concluyeron los experimentos de 1887.

Al haber aceptado estos experimentos como prueba de que el éter no existe, los científicos modernos operan bajo el supuesto de que las cosas en el universo suceden independientemente las unas de las otras. Aceptan que lo que un individuo hace en una parte del mundo no tiene ninguna relación con otras áreas y ningún efecto sobre alguien en el otro extremo del planeta. Podría decirse que este experimento se ha convertido en la base de una visión del mundo que ha tenido un profundo impacto en nuestras vidas y en el planeta en su conjunto. Como consecuencia de esta forma de pensar, gobernamos nuestras naciones, gestionamos nuestras ciudades, realizamos nuestras pruebas nucleares y explotamos nuestros recursos naturales creyendo que lo que hacemos en un lugar no afecta a otros lugares. Desde 1887, hemos basado el desarrollo de toda nuestra civilización en la creencia de que todas las cosas están separadas entre ellas, una premisa que los experimentos más recientes refutan por completo.

Hoy en día, más de cien años después del experimento original, nuevos estudios indican que el éter, o algo parecido, sí existe —simplemente no asume la forma que Michelson y Morley esperaban—. Al creer que el campo debía ser estacionario, y estar constituido por electricidad y magnetismo, al igual que las otras formas de energía descubiertas a mediados del siglo XIX, buscaron el éter como si fuera una forma convencional de energía. Pero el éter está muy lejos de ser convencional.

En 1986, la revista *Nature* publicó un artículo titulado simplemente «Relatividad especial».¹² Con implicaciones que hacían temblar los cimientos del experimento Michelson-Morley, así como de todas las ideas que albergamos sobre nuestra conexión con el mundo, el artículo describía un experimento realizado por un individuo llamado E. W. Silvertooth, y que había sido patrocinado por la fuerza aérea de los Estados Unidos. Después de haber duplicado el experimento de 1887, pero con instrumentos mucho más sensibles, Silvertooth detectó de hecho un movimiento en el campo del éter. Además, estaba vinculado al movimiento de la Tierra a través del espacio, ¡exactamente como se había predicho! Este experimento, y otros realizados desde entonces, sugieren que el éter existe realmente, tal como Planck había imaginado en 1944.

Aunque los experimentos continúan indicando que el campo está ahí, podemos estar seguros de que nunca se le volverá a llamar «éter». En círculos científicos, la mera mención de la palabra evoca calificativos que van de «pseudociencia» a «pamplinas». Como veremos en el capítulo 2, la existencia de un campo universal de energía que permea nuestro mundo está siendo concebida en términos muy distintos —los experimentos que demuestran su existencia son tan recientes que aún no se ha elegido un nuevo nombre—. Independientemente de cómo decidamos llamarlo, está claro que hay algo allí. Conecta todas las cosas en nuestro mundo y más allá, y nos afecta de maneras que apenas estamos comenzando a comprender.

¿Cómo puede haber sucedido esto? ¿Cómo podemos haber pasado por alto una de las claves más importantes para comprender cómo funciona el universo? La respuesta a esta pregunta nos lleva al propio centro de la búsqueda que ha creado la mayor controversia y el más encendido debate entre las mentes más brillantes de los dos últimos siglos —un debate que continúa hasta la fecha—. Todo radica en cómo nos vemos a nosotros mismos en el mundo y en nuestra interpretación de este punto de vista.

¡La clave reside en que la energía que lo conecta todo en el universo también forma parte de lo que conecta! En lugar de pensar en el campo como algo separado de la realidad cotidiana, el experimento nos dice que el mundo visible emana de este campo: es como si la manta de la Matriz Divina se extendiese uniformemente por todo el universo, y de vez en cuando se «arrugara» aquí y allí para formar una roca, un árbol, un planeta o una persona que conocemos. A fin de cuentas, todas estas cosas son sólo ondas en el campo, y este sutil pero poderoso cambio de percepción es clave para tener la posibilidad de usar el poder de la Matriz Divina en nuestras vidas. Sin embargo, antes debemos comprender por qué los científicos actuales ven el mundo como lo ven.

UNA BREVE HISTORIA DE LA FÍSICA:
REGLAS DISTINTAS PARA MUNDOS DISTINTOS

La ciencia es simplemente un lenguaje para describir el mundo natural y nuestra relación con él y con el universo. Y sólo es un lenguaje; ha habido otros (como la *alquimia* y la *espiritualidad*, por ejemplo) que fueron usados mucho antes de la llegada de la ciencia. Aunque pueden haber sido poco sofisticados, sin duda funcionaban. Siempre me sorprende cuando la gente pregunta: «¿Qué hacíamos antes de la llegada de la ciencia? ¿Sabíamos algo de nuestro mundo?». La respuesta es un sonoro: «¡Sí!». Conocíamos muchas cosas sobre el universo.

Lo que sabíamos funcionaba tan bien que proporcionaba un marco para la comprensión de todas las cosas, desde el origen de la vida hasta las razones por las cuales enfermamos y lo que podemos hacer al respecto, o cómo calcular los ciclos del sol, la luna y las estrellas. Aunque obviamente este tipo de conocimiento no era expresado en el lenguaje técnico al que estamos acostumbrados hoy en día, servía muy bien para proporcionar una historia útil de cómo funcionan las cosas y de por qué son como son —y lo hacía tan bien, de hecho, que la civilización ha existido durante más de cinco mil años sin poder contar con la ciencia tal como la conocemos.

La opinión generalizada es que la ciencia y la era científica comenzaron en el siglo XVII. En julio de 1687, con la publicación de su obra *Philosophiæ Naturalis Principia Mathematica* [Principios matemáticos de la filosofía natural], Isaac Newton dio forma a las matemáticas que parecían describir nuestro mundo natural.

Durante más de doscientos años, las observaciones de Newton sobre la naturaleza fueron la base de la rama científica hoy llamada «física clásica». Gracias a las teorías de Maxwell sobre la electricidad y el magnetismo de finales del siglo XIX y las teorías de la relatividad de Einstein de comienzos del siglo XX, la física clásica ha tenido mucho éxito al explicar las cosas a gran escala que podemos ver, como el movimiento de los planetas y el hecho de que las manzanas caigan de un árbol. La física clásica ha hecho tan bien su trabajo que nos ha permitido calcular las órbitas de nuestros satélites e incluso mandar un hombre a la luna.

Durante los inicios del siglo XX, sin embargo, los avances científicos revelaron un lugar de la naturaleza en el que las leyes de Newton no parecían funcionar: el microscópico mundo del átomo. Antes de esa fecha, simplemente no disponíamos de la tecnología para penetrar en el mundo subatómico o para observar el comportamiento de las partículas durante el nacimiento de una estrella en una galaxia distante. En ambos ámbitos —el ámbito de lo más pequeño y el de lo más grande— los científicos comenzaron a ver cosas que no podían ser explicadas por la física tradicional. Fue necesario desarrollar un nuevo tipo de física, con reglas que explicaran las excepciones respecto al mundo cotidiano: lo que sucede en el ámbito de la física cuántica.

La definición de la física cuántica viene incluida en su nombre. *Quantum* quiere decir «una determinada cantidad de energía electromagnética» —por lo tanto, es la sustancia de la que está hecho nuestro mundo cuando lo reducimos a su esencia—. Los científicos de la física cuántica pronto comprobaron que lo que a nosotros nos parece un mundo sólido, en realidad no lo es en absoluto. La siguiente analogía puede ayudarnos a comprender por qué.

Cuando en el cine de nuestro barrio se proyecta una imagen en movimiento sobre la pantalla que tenemos enfrente, sabemos que la historia que estamos viendo es una ilusión. La historia de amor y la tragedia que nos conmueven son realmente el resultado de muchas imágenes fijas que son emitidas con mucha rapidez, una después de la otra, para crear la ilusión de una historia continua. Aunque nuestros ojos ven de hecho las imágenes individuales una por una, nuestro cerebro las une para formar lo que percibimos como un movimiento continuo.

Los científicos de la física cuántica creen que nuestro mundo funciona más o menos de la misma forma. Por ejemplo, lo que nosotros vemos como un gol en un partido de fútbol o el triple salto de un patinador sobre hielo en un programa deportivo de la televisión es en realidad, en términos cuánticos, una serie de eventos individuales que suceden muy rápido uno después del otro. Al igual que la unión de muchas imágenes individuales hace que una película parezca real, la vida está compuesta de pequeños y breves «paquetes» de luz llamados «quanta». Los quanta de la vida suceden tan rápidamente que a menos que nuestro cerebro haya sido adiestrado para funcionar de otra manera (como

en algunos tipos de meditación), simplemente suma todos los impulsos para crear la acción ininterrumpida que vemos como un programa deportivo de televisión.

La física cuántica es, pues, el estudio de lo que sucede a muy pequeña escala con las fuerzas que subyacen a nuestro mundo físico. La diferencia de funcionamiento entre el mundo de la realidad cotidiana y el mundo cuántico ha creado dos escuelas de pensamiento en la física contemporánea: la clásica y la cuántica. Y cada una tiene sus propias teorías en las que apoyarse.

El gran reto ha sido unir estas dos muy distintas formas de pensamiento en una visión única del universo —una teoría unificada. Hacer esto requiere la existencia de algo que llene aquello que consideramos como espacio vacío. Pero ¿qué podría ocupar este espacio?

UN RESUMEN DEL LARGO CAMINO
HACIA UNA TEORÍA UNIFICADA

- 1687 — **Física newtoniana:** Isaac Newton publica sus leyes del movimiento, y así comienza la ciencia moderna. Según esta visión, el universo es un enorme sistema mecánico en que el tiempo y el espacio son absolutos.
- 1867 — **Física de la teoría de campo:** James Clerk Maxwell propone la existencia de fuerzas que no pueden ser explicadas por la física de Newton. Sus investigaciones, junto con las de Michael Faraday, llevan a la visión de un universo compuesto por campos de energía que interactúan mutuamente.
- 1900 — **Física cuántica:** Max Planck publica su teoría de un mundo compuesto de «paquetes» de energía llamados «quanta». Los experimentos realizados a escala cuántica muestran que la materia existe más como probabilidades y tendencias que como algo absoluto, lo que indica que la «realidad» puede no ser tan real y sólida como creíamos.
- 1905 — **Física de la relatividad:** la visión del universo de Albert Einstein desbanca a la física newtoniana. Einstein sugiere que el tiempo es relativo en lugar de absoluto. Un aspecto clave de

la relatividad es que el tiempo y el espacio no pueden ser separados y existen juntos como una cuarta dimensión.

- 1970 — **Física de la teoría de cuerdas:** los físicos descubren que se pueden usar las teorías que describen el universo como compuesto por pequeñas cuerdas vibratorias de energía para explicar tanto el mundo cuántico como el de la realidad cotidiana. En 1984, la teoría es formalmente aceptada por la comunidad científica como un puente que puede servir para unir todas las teorías.
- 20?? — **La nueva y mejorada teoría unificada de la física:** algún día en el futuro, los físicos descubrirán una forma para explicar la naturaleza holográfica de lo que observamos en el universo cuántico, así como lo que vemos en el mundo de la realidad cotidiana. Formularán las ecuaciones que unifiquen sus explicaciones y formen una única historia.

¿QUÉ HAY EN EL ESPACIO ENTRE LAS COSAS?

Al comienzo de la película *Contacto*, la protagonista, la doctora Arroway (interpretada por Jodie Foster), le hace una pregunta a su padre que luego se convertirá en el tema principal de la película: «¿Estamos solos en el universo?» La respuesta de su padre se convierte en un punto de referencia constante en su vida. Cuando ella se encuentra en una situación especialmente vulnerable, como en el inicio de una relación amorosa o después de haber sido transportada a un universo lejano, las palabras de su padre le sirven siempre de principio rector: su respuesta fue simplemente que si estamos solos en el universo, eso le parecería un gran desperdicio de espacio.

De la misma forma, si creemos que el espacio entre dos objetos cualesquiera está vacío, esto también parece ser un enorme desperdicio de espacio. Los científicos creen que «falta» más de un 90% del cosmos, un espacio que nosotros vemos como vacío. Esto quiere decir que sólo un 10% del universo que conocemos tiene algo en su interior. ¿Realmente crees que el 10% de la creación que ocupamos es todo lo que existe? ¿Qué hay en ese espacio que nosotros consideramos «vacío»?

Si este espacio está realmente vacío, hay una importante pregunta que debe ser respondida: ¿cómo es posible que las ondas de energía que lo transmiten todo, desde las llamadas de nuestros teléfonos móviles hasta la luz reflejada que se encarga de hacer llegar estas palabras impresas hasta tus ojos, puedan viajar de un lugar a otro? Al igual que el agua transporta las ondas que se forman a partir del lugar donde cayó una piedra, algo debe de existir que transporte las vibraciones de la vida de un punto a otro. Para que esto sea verdad, sin embargo, tenemos que ir en contra de uno de los pilares fundamentales de la ciencia moderna: la creencia de que el espacio está vacío.

Cuando podamos finalmente resolver el misterio y descubramos de qué está hecho el espacio, habremos dado un gran salto en nuestra comprensión de nosotros mismos y de la relación con el mundo que nos rodea. Esta pregunta, como veremos, es tan antigua como la humanidad. Y la respuesta, como también descubriremos, probablemente ha estado con nosotros todo el tiempo.

Nuestra intuición de estar de alguna manera conectados con el universo, con nuestro mundo y con nuestros semejantes ha sido una constante en la historia, desde las pinturas rupestres de los aborígenes australianos (que pueden tener más de veinte mil años de antigüedad) hasta los templos del antiguo Egipto y el arte rupestre de los indios del sudoeste de los Estados Unidos. Aunque esta creencia parece ser más fuerte que nunca hoy en día, el hecho de saber qué es exactamente aquello que nos une continúa siendo un tema de controversia y debate. Para que estemos conectados, debe haber algo que realice esta conexión. Desde los poetas hasta los filósofos, desde los científicos hasta aquellos que intentan ver más allá de las ideas convencionales, la humanidad ha intuitido que algo está presente en ese vacío que llamamos «espacio».

El físico Konrad Finagle (1858-1936) señaló la importancia del espacio al comentar: «Pensemos en lo que ocurriría si sustrajésemos el espacio que existe entre los objetos materiales. Todas las cosas del universo se comprimirían en un volumen no mayor que una mota de polvo... El espacio es lo que evita que todas las cosas sucedan en el mismo lugar». ¹³ El eminente antropólogo Louis Leaky afirmó en una ocasión: «No podemos progresar realmente sin una comprensión de quiénes

somos». Creo que hay mucho de cierto en esta afirmación. La visión que hemos tenido de nosotros mismos nos ha servido para llegar adonde estamos. Pero ha llegado la hora de abrirle la puerta a una nueva visión de nosotros mismos, una visión con más potencial. Puede que nuestra reticencia a aceptar que el espacio pueda estar ocupado por una fuerza inteligente, y que nosotros seamos parte de este espacio, haya sido el mayor obstáculo hacia una plena comprensión de quiénes somos y de cómo funciona el universo.

En el siglo XX, la ciencia moderna puede haber descubierto lo que hay dentro del espacio vacío: un campo de energía que es distinto a cualquier otra forma de energía. Al igual que la red de Indra y el éter de Newton, esta energía parece estar en todas partes, y haber existido desde el comienzo de los tiempos. Albert Einstein dijo lo siguiente en una conferencia de 1928: «Según la teoría general de la relatividad, el espacio sin el éter es inconcebible; porque en este tipo de espacio no sólo no habría propagación de la luz sino que tampoco habría ninguna posibilidad para la existencia de las leyes del espacio».¹⁴

Max Planck afirmó que la existencia del campo sugiere que la inteligencia es la responsable de nuestro mundo físico: «Debemos suponer que detrás de esta fuerza (que vemos como materia) hay una *Mente consciente e inteligente*». Y concluye: «Esta *Mente* es la *matriz* de toda la materia» (la cursiva y el paréntesis son del autor).¹⁵

LA COLA DEL LEÓN DE EINSTEIN

Tanto si hablamos de la brecha cósmica que existe entre las estrellas y las galaxias lejanas como del microespacio que hay entre las cuerdas de energía que forman un átomo, generalmente percibimos el espacio entre las cosas como algo vacío. Cuando decimos que algo está «vacío», normalmente queremos decir que allí no hay nada, absolutamente nada.

Sin duda, para el ojo inexperto aquello que llamamos «espacio» realmente parece vacío. Pero ¿cómo de vacío puede estar? Si reflexionamos sobre ello, ¿cómo sería vivir en un mundo en que el espacio estuviese realmente vacío? Primero, sabemos que encontrar un lugar así en

el cosmos es probablemente imposible por una razón muy simple: como suele decirse, la naturaleza detesta el vacío. Pero si pudiésemos transportarnos mágicamente hasta un lugar así, ¿qué aspecto tendría la vida?

Para empezar, sería un lugar muy oscuro. Aunque pudiésemos encender una linterna, por ejemplo, su luz no podría ir a ningún sitio porque no habría nada que las ondas de luz pudiesen atravesar. Sería como arrojar una piedra a una laguna seca y esperar a que se formasen ondas en la superficie. La roca llegaría hasta el fondo, hubiese agua o no, pero no se produciría ninguna onda, ya que éstas no tendrían ningún medio a través del cual moverse.

Por exactamente la misma razón, nuestro mundo hipotético también sería muy silencioso. El sonido también tiene que viajar a través de algún tipo de medio para poder propagarse. De hecho, casi todas las formas de energía que conocemos —desde el movimiento del viento hasta el calor del sol— no podrían existir porque los campos eléctricos, magnéticos y radiactivos —e incluso los campos de la gravedad— no tendrían el mismo significado en un mundo en el que el espacio estuviese realmente vacío.

Afortunadamente, no hace falta especular sobre cómo sería ese tipo de mundo porque el espacio que nos rodea es todo menos vacío. Independientemente de cómo lo llamemos o de cómo lo definan la ciencia y la religión, está claro que existe un campo o presencia que es la «gran red» que lo conecta todo en la creación y nos une al poder superior de un mundo mayor.

A comienzos del siglo XX, Einstein mencionó la misteriosa fuerza que estaba seguro de que existía en lo que nosotros vemos como el universo que nos rodea. «La naturaleza nos muestra sólo la cola del león», dijo, sugiriendo que la realidad no es sólo aquello que podemos ver. Con su característica elocuencia, Einstein dio más detalles sobre su analogía: «No tengo la menor duda de que la cola pertenece a un león, a pesar de que éste no pueda mostrarse de golpe debido a su enorme tamaño».¹⁶ En escritos posteriores, señaló que independientemente de quiénes seamos y de cuál pueda ser nuestro papel en el universo, todos estamos sujetos a un poder superior: «Seres humanos, vegetales o polvo cósmico —todos bailamos al son de una música misteriosa, interpretada por un gaitero invisible».¹⁷

Con su declaración de una inteligencia que subyace a toda la creación, Planck había descrito la energía del león de Einstein. Al hacerlo, inició una controversia que continúa hasta el día de hoy y que ha dinamitado las viejas ideas sobre la composición del universo. Hace más de medio siglo, el padre de la teoría cuántica nos dijo que todo está conectado a través de una energía muy real, pero poco convencional.

CONECTADOS DESDE LA FUENTE:
EL ENTRELAZAMIENTO CUÁNTICO

Desde que Planck presentó sus ecuaciones de física cuántica a comienzos del siglo XX, se han desarrollado muchas teorías y se han realizado numerosos experimentos que parecen probar precisamente esa idea.

En las escalas más pequeñas del universo, los átomos y las partículas subatómicas actúan de hecho como si estuvieran conectados. El problema es que los científicos no saben si el comportamiento observado a tan pequeña escala significa algo a la escala mayor de nuestra vida cotidiana. En el caso de que así sea, los resultados sugieren que las asombrosas tecnologías de la ciencia-ficción pronto serán una realidad!

En una fecha tan reciente como el año 2004, físicos de Alemania, China y Austria publicaron unos artículos que sonaban más a fantasía que a experimento científico serio. Los científicos presentaron en la revista *Nature* los primeros experimentos documentados de teletransportación —es decir, el envío de la información cuántica de una partícula (su patrón energético) a distintos lugares al mismo tiempo—.¹⁸ En otras palabras, el proceso es como «enviar un documento por fax y al hacerlo destruir el original».¹⁹

Otros experimentos han demostrado la posibilidad de realizar hazañas que suenan igualmente imposibles, como «emitir» partículas de un lugar a otro y producir una bilocación. Pero por muy distintas entre sí que parezcan estas investigaciones, todas comparten un denominador común que deja entrever una historia mayor. Para que estos experimentos puedan funcionar como lo hacen, debe existir un medio —en otras palabras, tiene que haber algo a través de lo cual puedan moverse las partículas—. Y aquí yace lo que puede ser el mayor misterio de los

tiempos modernos, ya que la física convencional afirma que este medio no existe.

En 1997, las revistas científicas de todo el mundo publicaron los resultados de algo que según los físicos tradicionales no debería haber ocurrido. Un total de unas 3400 personas, entre periodistas, educadores, científicos e ingenieros de más de cuarenta países, fueron informadas de un experimento realizado por la Universidad de Ginebra sobre la sustancia de la que está hecho nuestro mundo —partículas de luz llamadas *fotones*— y cuyos resultados continúan haciendo temblar los pilares de la sabiduría convencional.²⁰

Los científicos habían dividido en dos un fotón, creando partículas «gemelas» con propiedades idénticas. Luego, usando instrumentos desarrollados específicamente para el experimento, lanzaron ambas partículas en direcciones opuestas. Los gemelos fueron colocados en una cámara especial con dos cables de fibra óptica, como los que transmiten las llamadas de teléfono, y que iban en direcciones contrarias hasta cubrir una distancia de 11 kilómetros. De esta forma, cuando los gemelos llegaran a su punto de destino, se encontrarían a una distancia de 22 kilómetros el uno del otro. Al final del cable, se obligó a los gemelos a elegir entre dos rutas aleatorias que eran idénticas en todos los sentidos.

Lo que hace que este experimento sea tan interesante es que cuando las dos partículas gemelas llegaron al lugar en el que tenían que seguir una u otra dirección, ambas tomaron exactamente las mismas decisiones y siguieron el mismo rumbo cada vez. Los resultados fueron idénticos en cada ocasión que se realizó el experimento.

A pesar de que la opinión generalizada es que los gemelos están separados y no tienen ninguna comunicación entre sí, ¡el hecho es que *actúan* como si aún estuviesen conectados! Los físicos llaman a esta misteriosa conexión «entrelazamiento cuántico». El encargado del proyecto, Nicholas Gisin, explica: «Lo que es fascinante es que los fotones entrelazados forman un mismo objeto. Incluso cuando los fotones gemelos son separados geográficamente, si uno de ellos sufre una modificación, el otro fotón experimenta automáticamente el mismo cambio».²¹

Históricamente, no hay nada en la física tradicional que sirva para explicar estos resultados. Sin embargo, lo vemos una y otra vez en experimentos como el de Gisin. El doctor Raymond Chiao, de la Universidad

de California, en Berkeley, describe los resultados de los experimentos de Ginebra como «uno de los mayores misterios de la mecánica cuántica. Estas conexiones son un hecho de la naturaleza y han quedado demostradas por los experimentos, pero es muy difícil intentar explicarlas filosóficamente».²²

La razón por la cual estas investigaciones son tan importantes para nosotros es que la opinión generalizada nos hace creer que no hay forma de que los fotones puedan comunicarse entre ellos —sus elecciones son independientes y no están relacionados—. Siempre hemos creído que cuando los objetos físicos están separados, están realmente *separados* en todos los sentidos. Pero los fotones nos muestran algo muy distinto.

Al comentar este tipo de fenómenos mucho antes de que se realizara el experimento de 1997, Albert Einstein se refirió a la posibilidad de que se produzcan resultados semejantes como «acción fantasmagórica a distancia». Hoy en día, los científicos creen que estos resultados poco convencionales son propiedades que se presentan únicamente en el ámbito cuántico y las consideran «rarezas cuánticas».

La conexión entre los fotones era tan completa que parecía ser instantánea. Una vez fue reconocido en la pequeñísima escala de los fotones, el mismo fenómeno fue encontrado después en otros lugares de la naturaleza, incluso en galaxias separadas por muchos años luz de distancia. «En principio, el hecho de que las dos partículas gemelas estén separadas por algunos metros o por millones de años luz no debería cambiar las cosas», dice Gisin. ¿Por qué? ¿Qué es lo que conecta dos partículas de luz o dos galaxias hasta tal punto que un cambio en una de ellas se produce instantáneamente en la otra? ¿Qué es lo que se nos está revelando sobre el funcionamiento del universo que hemos pasado por alto en anteriores experimentos?

Para responder a estas preguntas, primero debemos comprender de dónde proviene la Matriz Divina. Y para hacerlo, tenemos que mirar hacia atrás, hacia muy atrás, y examinar el momento que, según los científicos occidentales, es el comienzo de todas las cosas... o al menos del universo tal como lo conocemos.

EL ORIGEN DE LA MATRIZ

Los científicos creen que nuestro universo comenzó hace entre 13 000 y 20 000 millones de años con una explosión tan descomunal que no se la puede comparar a nada que se haya producido desde entonces. Aunque hay teorías contrapuestas sobre el momento exacto de este acontecimiento y sobre si hubo una sola explosión o fueron varias, parece haber un acuerdo mayoritario de que nuestro universo comenzó con una gigantesca liberación de energía hace mucho tiempo. En 1951, el astrónomo Fred Hoyle acuñó un término para esa misteriosa explosión, un término que sigue siendo usado en la actualidad. La llamó el «*Big Bang*».

Los investigadores han calculado que algunas fracciones de segundo antes de que se produjera el *Big Bang*, nuestro universo era mucho, mucho más pequeño de lo que lo es hoy en día. Los modelos computarizados indican que era tan pequeño, de hecho, que estaba comprimido y tenía la forma de una pequeña pelota. Como todo el espacio «vacío» había sido sustraído de lo que hoy vemos como el universo, ¡se cree que esa pelota tenía el tamaño de un guisante!

Aunque puede haber sido pequeño, no era en absoluto un lugar fresco. Los modelos indican que la temperatura en ese pequeño espacio alcanzó la inimaginable cifra de 10 000 millones de millones de millones de millones de grados Celsius —muchas veces más caliente que la temperatura actual del sol—. Una fracción de segundo después del *Big Bang*, las simulaciones indican que las temperaturas podían haberse enfriado hasta alcanzar unos agradables 10 mil millones de grados aproximadamente, y el nacimiento de nuestro nuevo universo ya estaba en marcha.

A medida que la fuerza explosiva del *Big Bang* se abría camino en el vacío existente, llevaba consigo algo más que calor y luz. También se expandió como una pauta de energía que se convirtió en el patrón de todo lo que existe hoy en día y de todo lo que podría existir. Esta pauta se halla en el centro de muchos mitos antiguos, de tradiciones populares y de la sabiduría mística. Con nombres que van desde la «red» de Indra de los *sutras* budistas hasta la «tela» de la Abuela Araña de la tradición hopi, el eco de esta pauta llega hasta nuestros días.

Esta red de energía continúa expandiéndose a través del cosmos y es la esencia cuántica de todas las cosas y todos los seres. Ésta es la energía que conecta nuestras vidas como Matriz Divina. Ésta es también la esencia que actúa como un espejo multidimensional, reflejando de vuelta hacia nosotros lo que creamos con nuestras emociones y creencias, y lo que constituye nuestro mundo (ver la tercera parte).

¿Cómo podemos estar tan seguros de que todo en el universo está realmente conectado? Para responder a esta pregunta, volvamos al *Big Bang* y al experimento de la Universidad de Ginebra. Por muy distintos que sean el uno del otro, hay una sutil semejanza: en ambos casos, la conexión que está siendo explorada existe entre dos entidades que un día estuvieron físicamente unidas. En el caso del experimento, fue la escisión de un único fotón la que creó dos partículas idénticas, y esto se hizo para asegurarse de que ambas fueran iguales en todos los aspectos. El hecho de que los fotones y las partículas del *Big Bang* hubiesen estado físicamente unidas en el pasado es crucial para explicar su interconexión. Parece que una vez que algo ha estado unido, está siempre conectado, a pesar de que la unión física haya dejado de existir.

Clave 4: Una vez que algo ha estado unido, está siempre conectado, a pesar de que la unión física haya dejado de existir.

Éste es un punto crucial. Porque por muy grande que nos parezca hoy el universo, y por mucho que la luz de las estrellas más distantes tarde miles de millones de años luz en llegar hasta nuestros ojos, hubo un momento en que toda la materia del universo estuvo comprimida en un espacio muy pequeño. En ese inimaginable estado de compresión, todo estaba físicamente unido. Pero a medida que la energía del *Big Bang* hizo que nuestro universo se expandiese, las partículas de materia comenzaron a quedar separadas por cada vez mayores cantidades de espacio.

Los experimentos sugieren que independientemente de la cantidad de espacio que separe dos cosas, una vez éstas hayan estado unidas, estarán siempre conectadas. Hay muchas razones para creer que el estado entrelazado que conecta las partículas que hoy están separadas se aplique también a la sustancia de nuestro universo que estaba conectada

antes del *Big Bang*. Técnicamente, ¡todo lo que estaba unido dentro de ese cosmos del tamaño de un guisante hace entre 13 000 y 20 000 millones de años sigue estando conectado! Y la energía que realiza esta conexión es lo que Planck describió como la «matriz» de todas las cosas.

Hoy en día, la ciencia moderna ha refinado su comprensión de la matriz de Planck, describiéndola como una forma de energía que está en todas partes y que ha estado presente desde que el tiempo comenzó con el *Big Bang*. La existencia de este campo implica tres principios que tienen un efecto directo sobre la forma en que vivimos, sobre todo lo que hacemos, sobre lo que creemos y sobre cómo vemos nuestras vidas. Es cierto que estas ideas contradicen directamente muchas creencias consolidadas de la ciencia y de la espiritualidad. Al mismo tiempo, sin embargo, son precisamente estos principios los que abren la puerta a una visión más enriquecedora, liberadora y positiva de nuestro mundo y de nuestras vidas.

1. El primer principio afirma que como todas las cosas existen dentro de la Matriz Divina, todas ellas están conectadas. Si esto es así, lo que hagamos en una parte de nuestras vidas debe de tener un efecto y una influencia sobre las otras partes.
2. El segundo principio propone que la Matriz Divina es holográfica —lo que significa que cualquier porción del campo contiene la totalidad de éste—. Como se cree que la conciencia es también holográfica, esto quiere decir que la oración que rezamos en la sala de estar, por ejemplo, ya existe entre nuestros seres amados y en el lugar hacia donde fue dirigida. En otras palabras, no hace falta enviar nuestras oraciones a ningún lugar, porque ellas ya existen en todas partes.
3. El tercer principio implica que el pasado, el presente y el futuro están íntimamente ligados. La Matriz parece ser el recipiente del tiempo, que proporciona una continuidad entre las elecciones de nuestro presente y las experiencias de nuestro futuro.

Independientemente de cómo lo llamemos o de cómo lo definan la ciencia y la religión, está claro que hay algo allá fuera —una fuerza, un campo, una presencia— que es la gran «red» que nos conecta los unos

a los otros, y que también nos conecta con nuestro mundo y con un poder superior.

Si pudiésemos comprender realmente lo que los tres principios nos dicen sobre nuestra relación con otros seres humanos, con el universo y con nosotros mismos, los acontecimientos de nuestras vidas adquirirían un significado totalmente nuevo. Nos convertiríamos en participantes en lugar de en las víctimas de fuerzas que no podemos ver y que no comprendemos. En ese momento comenzaría nuestra verdadera autonomía.